

VI

LAS RUTAS DE ERMITAS

Los viajeros llevan casi tres horas de camino. Se tur-
nan el macuto. Por las indicaciones de los mojones calculan que
llevan andado poco más de diez o doce kilómetros. Consultando el
mapa, esperan encontrar de un momento a otro la ermita de Monse-
rrate de Fornoles, la primera en el camino hacia Morella. Alfon-
so y José Agustín, más que subir, se ven obligados a trepar por
los repechos. El paisaje es cambiante. Al monte bajo suceden las
villas, y a éstas los encinares cenicientos y las manchas de pino
joven. De cuando en cuando, se cruza un olivar aislado y algunas
casas de ladrillo cocido, con las jambas pintadas de añil.

Ahora la tierra es roja. Sobre algunos calveros solita-
rios, pelados y yermos, se ven los trazos grises de tierra piza-
rrosa. A su alrededor crece el brezo y el tomillo. Las abejas re-
voletean tercas sobre los tallos y las flores de los arbustos.
En uno de los recodos de la carretera, los amigos se tropiezan
con una pareja de la Guardia Civil. Visten el dril verde de vera-
no. Sobre los tricornios se aprietan las fundas de tela, con su
certinilla fletante y su visera falsa. El Cabo, con el ametralla-
dor terciado, cruza la carretera. Se acerca a los viajeros. Lle-

va con desgana su mano derecha a la visera, y saluda.

- ¿Forasteros?

- De paso -dice José Agustín dando un tono grave y doctoral en sus palabras-. Estamos aprovechando las vacaciones para hacer un poco de turismo. Venimos a conocer las reliquias de la Patria.

- Ya.

El número se adelanta. Se coloca cerca de su compañero, a la izquierda, y saluda también.

- Es sano caminar -dice Alfonso.

- No nos lo cuente a nosotros. No hacemos otra cosa.

- Es un ejercicio sano. Así lo entienden los extranjeros.

- Eso, como los ingleses.

- Sí. Como ellos, pero sin tanto aparato.

- ¿Llevan la documentación...?

- Sí la llevamos, y muy en regla. En el tren nos la pidieron dos veces y no nos han metido todavía en la cárcel...

El Cabo frunce los labios. Parece que la broma de Alfonso no le ha hecho gracia.

Este y José Agustín enseñan a los guardias sus carnetas de identidad. El Cabo toma algunas notas en una pequeña libreta.

- ¿Y vienen a cojas de geografía, dicen?

- De historia -aclara Alfonso conteniendo la risa.

- ¿De dónde proceden?

- De Barcelona. Allí vivimos los dos.

- Ya.

- Bien, debemos seguir ya -dice José Agustín para a-

breviar-. Vamos a la ermita de Monserrate de Fornoles.

- A pocos minutos la tienen.
- Buenas tardes.
- Adiós.

Las curvas se suceden muy cerradas. La tierra tiene ahora un tinte cobrizo. Algunas casas de ladrillo viejo asoman a la derecha de un monte poblado de pinos de un verde nuevo, como recién inaugurado. A la izquierda y en una hondonada, se ve el pueblo de Fornoles. La pincelada de los árboles del cementerio, tras el tapial de un color de barro cocido, recorta el perfil del caserío. No son pocas las curvas que separan a los viajeros de la ermita. Han de caminar aún más de un kilómetro.

Abajo, y también a la izquierda de la carretera, en mitad de un erial polvoriento, se alza un soto de cipreses. En medio de él, la ermita de Monserrate. Los viajeros quedan unos instantes al borde de la carretera, para ir observando el paisaje que rodea el recinto, antes de decidirse a bajar por el terraplén pedregoso y llegar hasta la puerta principal del santuario.

La puerta está cerrada. José Agustín golpea fuerte con los puños sobre la tablazón desvencijada. Un viento seco mueve las puntas de los cipreses. Lo que al principio creyeron espadaña, es torre rematada por una cruz de filigrana. Cuando rodean la tapia, los pasos hacen crujir las diminutas piñas que llenan el sendero.

La ermita es de piedra cremosa. Junto a la cruz de filigrana se recortan cuatro remates floridos. La torre tiene tres arcos en cada una de sus caras, y una redonda claraboya en el frontal que da a la carretera.

Después de doblar la primera esquina, aparece una puerta que abre la entrada del patio. Circundando la puerta y casi ocultándola, crece una tupida enredadera. El claustro, alrededor del patio, parece abandonado. A un lado se levanta un pajar, a unos pocos metros del púlpito de peregrinos, ribeteado de añil. Sobre el claustro, en el piso superior, cinco ventanas y una balconada. Alfonso da un grito que asusta a las gallinas que picotean en el estiércol, junto al abrevadero. Una mujer despeinada se asoma a un ventanillo escondido entre el ramaje seco de otra planta trepadora, que crece a la derecha del claustro.

- ¿Qué desean?

- Buenos días. Buscamos al ermitaño, para que nos dé las llaves y poder ver esto.

- El ermitaño ya no está aquí.

- ¿Tiene usted la llave de la iglesia? -pregunta Alfonso.

- No señor, no. Yo estoy aquí en arriendo, pasando unos días. Ahora la ermita está sin guardería. Si quieren arrendar un pabellón tendrán que ver a don Alberto López, en Fornoles. El Jefe de Telégrafos de Alcañiz tiene alquiladas también otras habitaciones, y el boticario de Alcañiz lo mismo.

La mujer se interrumpe y riñe a unos niños que entredan tras ella:

- Entonces ¿dice usted que no hay ermitaño?

Los gritos de los chicos rompen otra vez el silencio intacto.

- Estos chicos, estos chicos -se queja la mujer-. ¿Cómo dicen?

— Que si no hay ermitaños, alguien que cuide de la ermita.

— No señor, no, los que había se fueron, hace años por mor del sueldo. Estos campos, que son del Patrimonio de la ermita, no dan para vivir.

Los viajeros dan las gracias a la mujer, que deja la ventana y sigue riñiendo a los chicos. Los chicos lloran con llanto destemplado. Uno de ellos, rubio, como de cinco años, se asoma corriendo por la balcónada, restregándose las lágrimas.

Un gallo rompe a cantar detrás de la tapia. Mientras dan la vuelta al patio, y pasean bajo el porche del claustro, los amigos discuten sobre el hecho absurdo de que, si algunas de las habitaciones de la ermita son arrendadas durante la temporada veraniega a los vecinos de los pueblos cercanos, no se comprenden las razones por las cuales, produciendo como esto debe producir ciertos ingresos, la ermita no prede costearse siguiendo un guardián permanente, y una digna conservación del edificio.

— Es lástima que la dejen así, estropeándose.

— Aquí hay tomate, te lo digo yo.

Los pájaros trinan sobre las ramas altas de los cipreses centenarios. José Agustín pasa la palma de la mano por las nudosas venas vegetales de los troncos. El camino, a su espalda, se pierde en la montaña.

Cuando los viajeros trepan por el terraplén para alcanzar la carretera un ave de rapina traza círculos en el azul, buscando quizás el momento propicio para bajar a por una de las gallinas que se afanan buscando gusanos en el estiércol, junto a la ermita.

El viento huele a tomillo. Los amigos se sientan al

borde de la cuneta. La campiña, la serranía, la carretera, todo está solitario.

- Demasiada paz -dice José Agustín-. Parece un país muerto. Ni un coche nos hemos tropezado aún. Esta era antes una región mucho más rica. Ahora es una desolación verla.

- Sí, da pena. Con lo maravilloso que es este paisaje, este cielo...

Siguen caminando hacia el Sur. El macuto pesa un poco más a cada nuevo kilómetro que adelantan. A la derecha se alza una venta, al parecer abandonada. Luego, unos centenares de metros más adelante, un cartel de Obras Públicas que indica: A MORELLA 50 KILOMETROS. La tierra de labor desaparece ahora como por encanto. Cortos retoños de la nueva repoblación y antiguos pinos erguidos, altos, con sus copas clavadas en el azul, es todo lo que se ve, sobre un fondo de montes pelados. Los amigos se entonan en su caminar con unos tragos del agua que brota de un manantial, a la derecha del camino. Al fondo, y desde la fuente, a unos dos kilómetros de la carretera de Castellón, se ve el pueblo de Belmonte, hundido en un valle que se adivina umbrío, fresco y vegetal.

A unos cien metros delante de la parada que acaban de efectuar, un hombre baja un repecho montado sobre una mula torada. Se cubre el sol con un paraguas de color rojo, un paraguas episcopal. Parece escapado de una lámina de camino de la picaresca. Enfila la carretera y detiene su cabalgadura cuando llega a la altura de los viajeros. Saluda, cierra el paraguas, desciende a tierra, y, abriendo una maleta de madera, enseña a los viajeros un muestrario de bisutería: abalorios de colgar, pipas, gemelos, pendientes, broches, figurillas de plástico, gafas de

sol...

- Un regalo para la novia -propone. Todo de primera calidad.

- No, no...

- Colonia de la buena, para refrescarse; de la buena.

- No necesitamos nada.

- Unas gafas de sol para el camino, una boquilla de ambar...

- No, nada. Muchas gracias.

El hombre no insiste. Pide un cigarrillo, y mientras da las primeras chupadas, cierra la maleta, monta en la mula y abre de nuevo el paraguas.

- Muy buenas tardes les dé Dios.

El buhonero sigue hacia Fornoles a trote cochinero. Se vuelve a saludar cuando llega al llano, y pronto se pierde de vista.

- ¡Qué tío! Parece de la curia.

La carretera abre una y otra curva. Junto a la cuneta se alinean varios bidones de alquitrán. José Agustín golpea uno con el pie. Parecen llenos. Quizá algún día no lejano la carretera sea asfaltada; pero ahora la pedrisca se clava en la suela de goma de las botas de los caminantes.

En el porche de una casa, donde se arrullan unas palomas, un hombre y una mujer sestean. Han ido de excursión. Junto a ellos, descansa limpia y oronda, una motocicleta con matrícula de Castellón. Un niño de tres o cuatro años juega a tirar del rabo a un gatito morisco.

- Buenas.

- Buenas las lleven.

El pinar se espesa. Las copas de los árboles tienen un color más oscuro, quizá porque la luz sea ahora más opaca, menos transparente y diáfana. Más allá, unos hombres sacan piedra de una cantera, una piedra amarilla y blanda, a juzgar por el poco esfuerzo con que se parte al ser golpeada. Alfonso se acerca para preguntar a los canteros el nombre de la serranía que atraviesan. El más moreno y viejo se encoge de hombros:

- Puede que se llamen de Fuentespalda, como el pueblín que hay abajo. Lo que sucede es que no somos de aquí. Venimos contratados por un maestro de obras de Castellote, pero tampoco somos de Castellote, sino de Almonacid, un pueblo que queda muy cerca de Belchite.

Alfonso ofrece a los hombres un cigarrillo. Los tres canteros se sientan a fumar en el suelo, apoyadas las manos en las piernas.

- ¿Nos queda mucho tiempo de sol? -pregunta Alfonso cuando se levanta para seguir el camino.

- Unas tres horas o así.

Continua la carretera. Parece que el paisaje va ganando vida a medida que se avanza hacia el Sur. A la derecha, un cartelón maltrecho y de letras desiguales anuncia: ATENCION. HORNOS DE CAL. Los hornos están solitarios, como abandonados. Hace tiempo que no deben funcionar. José Agustín mira el reloj. Son poco más de las cuatro de la tarde.

Más adelante, en una explanada junto al camino, se levantan unos grandes depósitos de cemento. Alfonso trepa hasta los bordes y descubre que son cisternas vacías.

- Por aquí no llueve ni a la de Dios.

Al pinar suceden algunos bancales de tierra roja con

cultivos de verano. En las manchas de prado, y ocultas casi entre los brozaletas, pastan unas cuantas ovejas peladas, como desnudas. También se cruzan estrechos viñedos. En la cuneta crece la zarzamora. Huele a fruta y a miel. Un aguilucho, en vuelo ras, traza un círculo sobre el monte bajo, y se deja caer.

— Hemos de volver algún día para cazar en esta tierra —dice José Agustín—. Es buen sitio y hay caza, estoy seguro.

Llega el graznido de los cuervos que saltan sobre unas peñas altas. Los amigos no pueden distinguir la causa de su alboroto. Quizás acechan la carroña que se pudre en uno de los caminos de herradura que se pierden entre las peñas.

Ante una gran muralla natural, un corte geológico que deja al aire vetas de color bermellón, crece una fila de pinos alineados cuidadosamente, como si se hubiera querido trazar con ellos una franja de pintura verde sobre la tierra.

Un hombre, junto a un caballo cargado con dos sacos, se cruza con ellos en ruta hacia el Norte. Gasta pantalón de pana negra, camisa sin cuello y alpargatas de suela de cáñamo. Va limpio, arreglado, como si fuera domingo, o fuese a dar el pésame a alguien de un caserío cercano. Se detiene al saludo de José Agustín.

— Buenas tardes, mozos.

— ¿Cuántas horas tardaremos en llegar a Morella?

— A muy buen paso, ocho. Puede que nieve, pero se contiene que echar encima la noche. —Su cara rugosa se contrae. Habla un aragonés cerrado. Sus palabras parecen silbidos—. No creo que seáis capaces de resistir. Si llevárais caballería, entonces sería otra cosa. Lo mejor es que paréis a dormir en Monroyo.

— ¿Hay posada?

- Sí, claro. En todas partes hay posada, habiendo dinero.

- ¿Y el Santuario de la Consolación, a cuánto queda?

-- Ese lo tenéis ahí, a la vuelta. Trescientos metros puede que no haya. -Azuza el caballo-: !Arre, Bayo, arre ya! No os canséis, muchachos!

- ¡Adiós, abuelo!

La ermita de la Consolación, patrona de Monroyo, está situada en mitad de un soto, con algunos cipreses también, pero más escasos que los del Monserrate. Aquí los árboles no abren ningún camino, sino que crecen aislados, sin ajustarse a ninguna norma geométrica. La ermita está formada por tres cuerpos de piedra, unidos entre sí. Sobre ellos, una cúpula rematada por una cruz. Una veleta con un gallo y una flecha, señala el norte geográfico. Sopla el viento Sur, tibio y acariciante, algo pasmoso.

En el lienzo de la fachada principal, la aguja del reloj de sol no señala ya hora. No hay ninguna hebra de sol que caiga sobre el ocre de la pared. En el frontal, unas fechas y una leyenda:

1738 - DIA 6 DE SEPTIEMBRE. DEDICO ESTE TEMPLO A M.R.S.S.

Alfonso mira el interior de la iglesia a través de un postigo. En la capilla, amplia, pintada de azul y cerca del ábside, cuelgan algunos exvotos a derecha e izquierda del altar mayor. No hay bancos, pero parece todo bien conservado.

Los campos dan la vuelta a la ermita. Ahora, frente a ellos, tienen un desmonte erosionado. Unas piedras se sostienen en equilibrio sobre el borde del corte. Se sientan en el suelo,

a fumar un cigarrillo. Están cansados. Huele el espliego que crece entre los resquicios de las piedras. La parte trasera de la ermita está llena de habitaciones abiertas y cobertizos abandonados, en donde deben guarecerse de noche las caballerías de camino. El suelo está lleno de estiércol. Unas ranas croan abajo, en la hondonada, donde crecen las flores de un prado y el agua se escurre entre los helechos.

Adosado a un rincón del edificio, hay un horno de pan. En el cielo no se ve ni una nube. Sólo el viento tibio. No hay nadie en la carretera. Ningún ruido. Casi se oye el latido del corazón. Cuando terminan de fumar el cigarrillo, se desperezan y regresan a la explanada.

Junto al olmo gigante que se levanta a la izquierda, los amigos intentan inútilmente abrazar el tronco. No logran si quiera tocarse las manos. A la altura de sus cabezas descubren dos corazones cruzados por una flecha, grabados sobre la corteza.

— Toda una historia de amor. Eso debe llevar ahí más de cien años.

Alfonso se sienta para tomar algunos apuntes. Hay un pozo de piedra con escalones en un lado, a la izquierda del porche. Sobre él, unas argollas para atar el ganado.

— Es para que las mujeres pudieran subir a las mulas o a los caballos, cuando venían en peregrinación —señala Alfonso.

— En ese caso también serviría para los curas.

— Para todos los que se visten por arriba.

Medía hora después ya están en camino, cerca de Monroyo, a donde llegan cuando las últimas luces del atardecer caen

sobre le cabezo en donde se asientan las casas más altas del pue-
ble. Entran en el lugar cansados y sedientos, como si hubieran
recibido una gran paliza. Junto a la fuente del pueblo, una mu-
chacha acarrea cántaros de agua sobre un muleto. Más allá, una
vieja vestida con el hábito del Carmen, que acaba de bajar de
una furgoneta con matrícula de Zaragoza, habla con un lugareño
un chapurreado de aragonés, tortosino y valenciano. José Agus-
tín abandona el macuto y se deja caer sobre un escalón de piedra,
junto a un almacén de maderas. La tarde cae rápidamente. Alfonso
se levanta para pedir agua a una de las chicas que se agrupan al-
rededor de la fuente. Regresa luego con un cazo de aluminio, lle-
no de agua fresca. José Agustín bebe ávidamente, a tragos largos.

— No me digas que me levante porque no pienso ni doblar
una rodilla. Date un garbeo y busca un sitio donde podamos dor-
mir, y compra algo para hincar el diente.

Alfonso atraviesa la calle y toma por el altillo, cues-
ta arriba, hacia el centro del pueblo. Cuando regresa, José Agus-
tín tiene los ojos cerrados, con un cigarrillo encendido entre
los dedos y está rodeado por un grupo de chiquillos, que le mi-
ran con interés y asombro.

— ¡Ale, fuera de ahí, que no está muerto!

Alfonso trae pan, una botella de vino y medio queso.
Ha de sacudir a José Agustín para decirle que ha encontrado po-
sada, que tienen para comer y que la mujer que le ha cedido la
habitación en donde han de pasar la noche, ha prometido calentar
un poco de agua para que se puedan lavar los pies.

Los chiquillos se han alejado haciendo mohines. Desde
la acera de enfrente se vengan, a su modo, cantando una canción
burlona que los amigos no recuerdan.